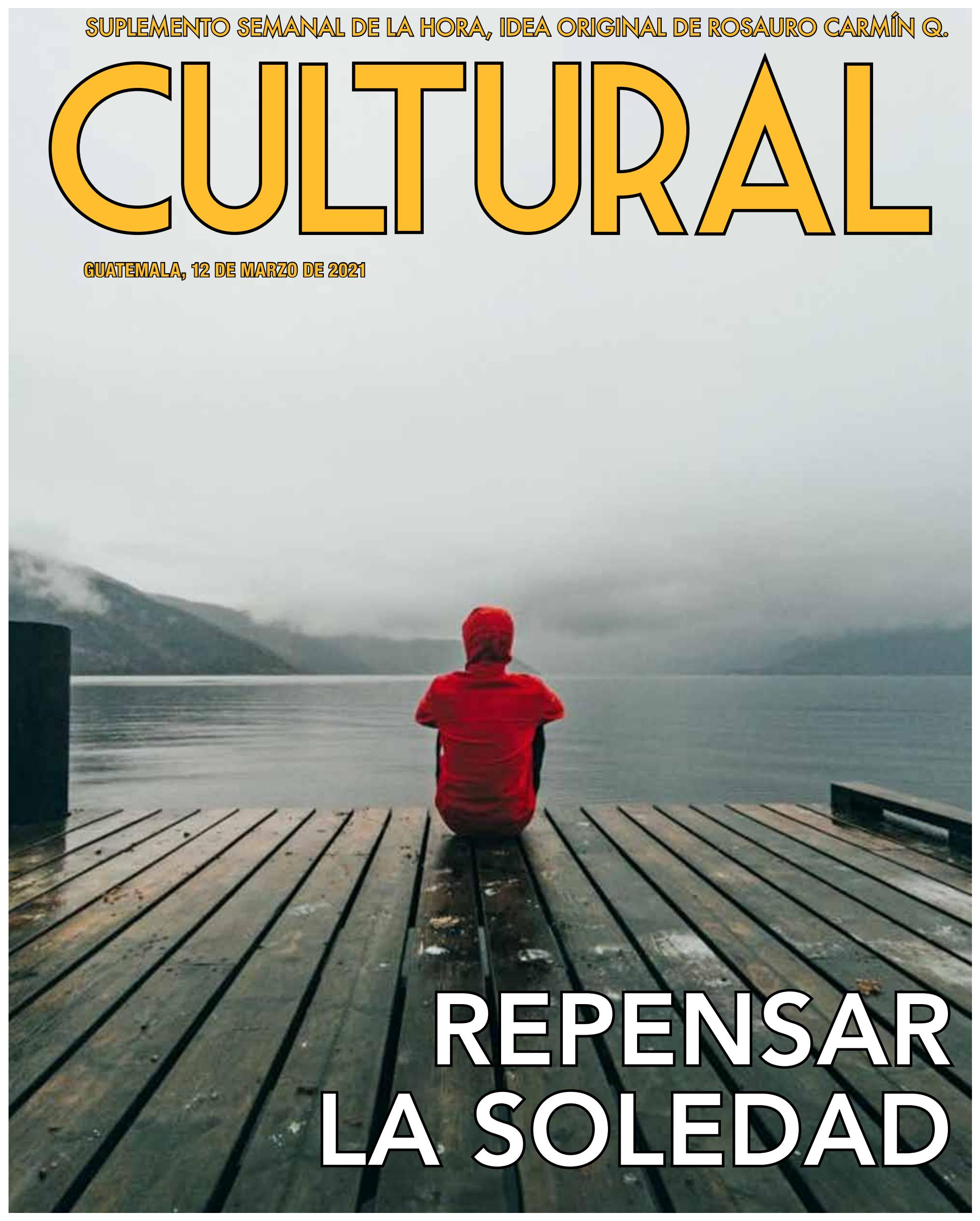


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 12 DE MARZO DE 2021

A photograph showing the back of a person wearing a bright red hoodie with a hood, sitting alone on a weathered wooden dock. The person is facing a large, calm body of water, possibly a lake or a wide river, with a range of mountains visible in the distance under a hazy sky.

REPENSAR
LA SOLEDAD

PRESENTACIÓN

Si nos atenemos a Marx en su ya célebre *Tesis sobre Feuerbach*, la famosa tesis 11, "los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo". Lo del pensador alemán era una crítica agria a la filosofía según los cánones de la tradición filosófica ortodoxa cuya función principal radicaba en la comprensión desnaturalizada del mundo. La disciplina, desde ese ejercicio, se constituía en una especie de "flatus vocis" del todo prescindible.

El texto de Raúl Fornet-Betancourt que presentamos en nuestra edición de hoy, sin embargo, ofrece la convicción contraria: la posibilidad de que la filosofía opere en función de la transformación de la persona humana. Cambios de conducta originados en el sujeto como germen de modificaciones más estructurales. Para ello, su reflexión sobre el proceso humanizador de la soledad es fundamental.

Nuestro filósofo examina la experiencia de la soledad para, más allá de la comprensión de su naturaleza, destacar su valor. Asumirla requerirá no solo despojarse de consideraciones que la afectan y restan valor, sino de las actitudes temerosas que nos impiden sacarle provecho. Así, la tarea de Raúl será también pedagógica, dando luces para el establecimiento de una moral de mayor desarrollo humano.

Dejaré que sea el filósofo el que indique sus intenciones últimas:

"Para terminar, vuelvo sobre la intención de este artículo. Decía que su intención era la de motivar a repensar nuestro trato con la soledad. Y espero que por lo expuesto haya quedado claro que tal propuesta se hace en el sentido de revisar el fondo último desde el que decidimos qué hacemos con nuestra vida y convivencia".

Que la lectura de nuestra propuesta editorial convenga a sus intereses. Un saludo y hasta la próxima.



LA SOLEDAD: YUGO Y ESTRELLA

RAÚL FORNET-BETANCOURT

Escuela Internacional de Filosofía Intercultural. Aachen/Barcelona.

"Yugo y estrella" es el título de una de las poesías que componen los Versos libres de José Martí. Un título con el que el poeta cubano quiso representar las "insignias" que simbolizan la encrucijada fundamental ante la que se encuentra el hombre en la vida a la hora de decidir el camino de su forma de ser y de actuar, al mismo tiempo que indicar también que la decisión realmente humana, sabia, es la de aceptar como hermanas esas dos "insignias de la vida". Pues, según la enseñanza de Martí, la luz de la estrella luce mejor cuando el hombre está de pie sobre el yugo.

Con el título del presente artículo recurro, pues, a la simbología y a la enseñanza de esta poesía de Martí para indicar de entrada con ello que las reflexiones sobre la soledad que propongo a continuación –y con las que vuelvo expresamente sobre un tema mencionado ya varias veces en otras contribuciones para este *Suplemento Cultural*, pero siempre dejado "para otra ocasión"– son consideraciones animadas por la intención de motivar a repensar

nuestro trato actual con la soledad, presentando precisamente la idea de que una convivencia *humana y sabia* con la soledad requiere aceptarla en la inquietante tensión interna que conlleva su doblez de "noche" y "luz", o, siguiendo la simbología martiana, de "yugo" y "estrella". Porque, como intentaré mostrar en estas líneas, pienso que la experiencia de la soledad despliega todo su potencial como escuela de *humanización* (lo escribo en cursiva para resaltar que con ello me refiero a perfeccionamiento ético), solo cuando se asume que es vivencia que tensa la vida humana entre dos esferas que aparentemente se contradicen. En otras palabras: Quiero dar a pensar que si es cierto que no hay verdadera *humanización* sin soledad, ello depende sin embargo de que el hombre se prepare a no separar en sus experiencias de soledad el "yugo" de la "estrella", y de que se disponga a la convivencia con esas dos dimensiones como experiencias que se respaldan y se necesitan mutuamente para revelar su pleno sentido *humanizador*.

Para que se vea mejor el hilo de esa idea central a la que apunto en estas reflexiones, esbozaré, sin embargo, en un primero paso, esos dos polos de la soledad por separado. Luego, en un segundo momento, argumentaré a favor de la *humana* necesidad de vivirlos no desde el sentimiento de la oposición de lo que se contradice, sino justo desde la interacción de lo que, si bien en inquietante tensión, se copertenecen y corresponde.

Empiezo por el momento del "yugo". En otra poesía, de *Flores del destierro*,

que lleva el elocuente título de "Vivir en sí, qué espanto", confesaba Martí: "La soledad ¡qué yugo!" Y podemos añadir que se trata de un "yugo" que conoce múltiples formas de espanto. Pues muchas son las formas en que la carga de la "soledad yugo" puede caer con su espanto sobre los hombros de cualquier ser humano. Son las formas de aquellos "golpes en la vida" de los que hablaba el peruano César Vallejo, y que dan a la "soledad yugo" cargas singulares, difíciles de llevar y soportar.

Sin pretensión alguna de ofrecer un elenco de las mismas, menciono las siguientes para ilustrar algunas de sus caras y pesares: la soledad del que se va quedando solo por la pérdida de los seres queridos o por enfermedad, la soledad del rechazado o incomprendido, la soledad del decepcionado, la soledad del que se ve sin apoyos en su vida o la del que ha perdido la esperanza. Tales formas, me parece, muestran que, en efecto, la "soledad yugo" es un "reino helado", para decirlo con la metáfora del poeta español Federico García Lorca.

Por eso es más que comprensible que desde milenarios tanto tradiciones religiosas como seculares coinciden en sentenciar que "no es bueno que el hombre esté solo", como se nos dice en el relato del Génesis de la Biblia, o como afirmaba Aristóteles al explicar en su *Política* que la soledad es un estado que puede convenir a bestias o a dioses, pero no a los humanos. Y tampoco está de más hacer notar aquí que la sabiduría de sentencias semejantes sobre la soledad se refleja en nuestro mismo lenguaje cotidiano. Se recordará, por ejemplo, que el *Diccionario*

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

de la *Lengua Española* de la Real Academia apunta como uno de los significados de “solo” la falta de amparo, socorro o consuelo en las necesidades o aflicciones.

De donde se sigue que la “soledad yugo” no es un programa o un proyecto que se elige. Es un estado en el que el hombre “cae”, abatido por algún “golpe en la vida”. La “soledad yugo” se padece y hace padecer, sea ya por la mudez o sordera, por el desarraigado o aislamiento, o por el olvido o la ausencia de lazos que implican sus diferentes formas. Por ello, recordemos de nuevo la sabiduría del lenguaje común, soledad quiere decir también en nuestro idioma, “lugar desierto”, que aquí podríamos traducir, parafraseando una conocida sentencia de Jean-Paul Sartre, como el lugar donde el infierno no es el otro sino el propio yo.

Con esta sombría realidad existencial que tiene su hontanar en la “soledad yugo” contrasta la dimensión de realidad luminosa en la soledad que se anuncia al ser asociada con la otra “insignia” de la vida: la “estrella”. La presento a continuación, también en unas brevísimas pinceladas. Mas no sin antes señalar como trasfondo a tener en cuenta esta idea: el respeto al sentido de la dura, con frecuencia dramática, realidad de la “soledad yugo” y, más en concreto, del sufrimiento de las personas que la padecen debería ser un referente crítico que nos alerte frente a la parcialidad ambigua de aquellas visiones de la soledad humana que identifican y restringen su esfera luminosa –o sea lo que aquí llamo “soledad estrella”– a las formas de soledad elegida voluntariamente como centro para la realización de un ideal de vida en distanciamiento del mundo, sea ya por amor a Dios a la ciencia o a las artes.

Empiezo, pues, advirtiendo que “soledad estrella” no quiero significar ni única ni principalmente la soledad que se encarna en las anteriores aludidas formas de “vida solitaria” o “vida retirada”. Formas de soledad que desde muy antiguo se vienen elogiando como el camino preferible para gozar del apacible reposo en sí mismo y vivir como un hombre sabio; tal como se puede ver, por ejemplo, en las *Cartas de Séneca*, en obras como *De vita solitaria*, de Petrarca, *El régimen del solitario* de Avempace, o en la conocida “Oda a la vida retirada”, de Fray Luis de León, en la que se escribe:

“Vivir quiero conmigo, / gozar quiero del bien que debo al cielo / a solas, sin testigo...”

Debe quedar claro, sin embargo, que con esta advertencia no se pretende restar valor a la “vida retirada” y sus diversas formas como lugar de luz. Ello sería, sin duda alguna, un desacierto; precisamente en un contexto como el que ha construido la civilización hegemónica en el mundo presente con su obstinado culto al ruido y a la exhibición. ¿Quién, preguntó de manera retórica, que haya conservado algo de su capacidad de juicio, podrá dudar de que en semejante ambiente las formas de soledad de la “vida retirada” representan lugares de recogimiento que alumbran al hombre en su búsqueda de plena *humanización*?

La intención es, por tanto, como dije arriba, avisar de que esas formas de soledad no son el único asiento vital de la “soledad estrella”. Dicho en positivo: La advertencia quiere subrayar la *anchura y soltura* de la “soledad estrella”.

Y en tal sentido continúo su breve presentación destacando que en sus experiencias se hace notar como la soledad que no aísla, pero que sí aleja al hombre de las *cercanías* que lo sostienen (¿o tendría que decirse mejor: que atan su yo?), al dejar traslucir las regiones remotas de su ser. La “soledad estrella” sería así una soledad que abre a las lejanías e invita a la dilatación del corazón humano. El hombre que hace su experiencia no es, pues, ni su medida ni su tono ni su fondo. Ciertamente es lo contrario. Porque, como indica su nombre, es ella la que con su luz que se difunde hacia otras constelaciones, anuncia nuevas dimensiones, nuevos tonos y fondos para la soledad de la realidad humana.

Otro rasgo característico, que comprendo como una consecuencia del anterior, consiste en que la “soledad estrella”, a diferencia de la “soledad yugo”, no hace sentir su experimenta como un *estado* en el que el hombre parece quedarse “plantado” en su disminuida realidad, sino más bien como una intuición de crecimiento y comunión (recuérdese aquí lo dicho sobre su *anchura y soltura*). La luz de la “soledad estrella” aparece así como el *medio* que posibilita la visualización de promesas de *desahogo*.

Y unido a este rasgo diría todavía, para redondear este esbozo, que otra de las características propias de esta esfera de la soledad radica en que es una soledad que no tiene su opuesto en la compañía ni en la sociedad sino en la opacidad y oscuridad propias de la vida o convivencia humana que ha sido *aplanada* por el peso de las

trivialidades del sistema hegemónico. La “soledad estrella” implica, por el contrario, un movimiento hacia la *difusión de la vida y convivencia humanas*.

Se permitirá que, antes de pasar al segundo momento de este artículo, haga observar que la posibilidad de la “soledad estrella”, concretamente en la forma de exigencia de *difundir* la vida singular, es una experiencia que habla en contra de la plausibilidad de la tesis de Ortega y Gasset que define al hombre como “soledad radical”. Pues la *difusión* hace ver justamente que las “raíces” del ser humano llevan *lejos* y que, por tanto, la radicalidad de su “yo” se queda corta, si busca las raíces en su individualidad *sola*. Debo indicar, por otra parte, que objeción a la tesis de Ortega, que formuló ya María Zambrano, remite a un conflicto de antropologías del que aquí no puedo mencionar más que el aspecto relevante para comprender la base de esta acotación: Mi objeción a la “soledad radical” supone que la concepción moderna del hombre como “sujeto” o señor de sí mismo, a la que la tesis de Ortega paga tributo, fragmenta en vivencias aisladas la experiencia de la soledad. Pero paso al segundo punto.

Decía que en este momento se trataba de argumentar a favor de la tesis que resumo con el título de este artículo y que propone que la soledad es fuente de *humanización* si en las experiencias que de ella hacemos, sobre todo cuando nos sobrecoge con sus formas de “soledad yugo”, vislumbramos las señales que remiten a la conexión de fondo con la correspondiente otra esfera. Una experiencia de la vida cotidiana me servirá para ilustrar lo que quiero decir y también para explicar mi propuesta de repensar nuestro trato con la soledad: Así como las estrellas, aunque tienen luz propia, necesitan sin embargo del caer de la noche para que

su luz pueda ser vista por nosotros, así necesita la “soledad estrella” la “noche” del “yugo” para dejar ver todo el esplendor de su luz, a la vez que la sombra del “yugo” necesita de la luz de la “estrella” para que el hombre sienta su carga con el *pesar sobrecargado* de aquello en cuyo dolor pesa también, justo en la forma deficiente de la ausencia, la existencia de lo que falta, aquí: amistad, compañía, amor, comprensión, etc.

Tales experiencias de la soledad en la tensión de sus dos esferas – que son experiencias que suponen como condición de su posibilidad que el hombre no huya ante el sobrecogimiento que produce la soledad sino que lo acoja – son, a mi modo de ver, experiencias que testimonian que la soledad no es un “bien” sin más ni, en consecuencia, un fin en sí misma. Ciertamente, sin soledad no hay solución para muchos de los problemas que tanto social como existencialmente aquejan al hombre actual y a nuestras sociedades en general. Pero esto es cierto no porque la soledad sea la solución, sino porque ayuda al hombre de hoy a descubrir, valga la metáfora, la reserva secreta de provisiones todavía disponibles para fortalecerse en su camino de búsqueda de formas más *humanas* de vida y convivencia; por las que entiendo aquí en concreto formas que, con la luz de la estrella restauran los *arrimos* que se necesita todo hombre para lidiar con el “yugo” y ponerse de pie sobre él.

Para terminar, vuelvo sobre la intención de este artículo. Decía que su intención era la de motivar a repensar nuestro trato con la soledad. Y espero que por lo expuesto haya quedado claro que tal propuesta se hace en el sentido de revisar el fondo último desde el que decidimos qué hacemos con nuestra vida y convivencia.



ARMANDO MANZANERO,

POR DEBAJO DE LA MESA SEGUNDA PARTE

CARLOS SOTO

Cuando me preguntaron si quería formar parte del grupo musical del cantautor Armando Manzanero, me sorprendí, pero a la vez me llené de satisfacción. Sin pensarlo mucho, acepté. "Bienvenido a las grandes ligas, maestro", me dijo un guitarrista que también había sido convocado al grupo. Cualquier músico sabe que una oportunidad así no surge todos los días, hay que aprovecharla, por diferentes motivos. El primero es la paga. En ese año (2004), yo impartía clases de piano jazz en el Conservatorio de Música del Estado de México en la ciudad de Toluca, pero trabajaba solamente 14 horas a la semana, por lo que mi sueldo alcanzaba solo para cubrir los gastos básicos. Además, los miércoles por la noche tocaba a trío en el hotel Crowne Plaza Toluca en las afueras de la ciudad.

El hecho de ser parte del grupo musical de una figura tan reconocida en el mundo de la música popular como la del maestro Manzanero, venía a ser la oportunidad que estaba esperando. Ilusionado, sentía que mi horizonte se ampliaba y se llenaba de expectativas, ya que además de una remuneración económica adicional, significaba poder darme a conocer ante más público, podría viajar y conocer otros lugares de México y del extranjero y podría tocar siempre en escenarios de



prestigio.

Durante el primer ensayo, el maestro se mostró amable y se expresó bien del grupo. Nos dijo que el trabajo que nos ofrecía por acompañarlo en sus giras no sería suficiente y que era comprensible que tuviéramos que combinarlo con otros trabajos. Nos informó además que pronto le iban a dar un programa semanal de televisión en Canal 21 y que allí también podríamos desempeñar un trabajo adicional. Mejor impresión no pude tener del maestro.

Llegó la hora del primer concierto. En el aeropuerto de la ciudad de México pude conocer a los demás integrantes de la caravana artística. Nuestro grupo era un sexteto, estaba compuesto de guitarra acústica, guitarra eléctrica, teclado, bajo y batería. En el aeropuerto se nos unió un saxofonista argentino. El show del maestro era variado y constaba de cuatro partes. Nuestro trabajo

consistía en acompañar al maestro en siete u ocho canciones. Pero, además, el maestro viajaba con un trío de voces y guitarras que lo acompañaban en otras tantas canciones, y, como parte de los requerimientos, siempre pedía la inclusión de un piano de cola en el escenario, pues alternaba con una cantante en una parte del programa.

Como complemento, el maestro hablaba con el público y contaba anécdotas divertidas, haciendo gala de un fino humor y un completo dominio del escenario. Era muy profesional, tenía una memoria increíble, jamás lo vi leer la letra de una canción y siempre que tocaba el piano lo hacía sin partitura. Tenía un repertorio extenso, no solo de su música sino también de la de otros compositores.

Las ciudades de Mérida y Campeche, en Yucatán, el palacio de Chapultepec en la ciudad de México y la ciudad de Bogotá, en Colombia,

fueron los primeros escenarios que se fueron sucediendo. Pero la luna de miel fue muy breve, no hay pan suave. Poco a poco se fue perfilando la personalidad del maestro. Exigente hasta la obsesión, parco en el elogio y severo en la crítica, de carácter muy contrastante, sus órdenes eran tajantes, sin derecho a disentir, la obediencia y la no beligerancia eran la norma en el equipo. El maestro tenía la piel muy sensible, la energía desbordante, lista a explotar. El más mínimo detalle podía alterarlo, incluso en el escenario y en plena presentación.

Recuerdo la noche del debut en Bogotá. El concierto se desarrollaba sin mayores problemas hasta que un pequeño detalle sacó al maestro de su concentración. Se tropezó con el cable del micrófono y esa distracción le provocó un breve lapsus de memoria con la letra de una canción. El enojo consecuente le hizo saltarse una canción del programa. Entonces se dirigió muy molesto al piano de cola y empezó a tocar una canción que no correspondía según el orden del programa previamente acordado. Cuando nos dimos cuenta del problema, cambiamos la partitura y empezamos a acompañarlo, y, a pesar que el concierto se desarrolló bien hasta el final y el público aplaudió satisfecho, el maestro nos llamó después para reprendernos. La respuesta al regaño fue un silencio tenso y obediente de parte de todos, y, aunque no había sido nuestra culpa, nadie se atrevió a contradecirle. Ordenó como castigo otro ensayo al día siguiente y debido a ello nos faltó tiempo para conocer un poco esa ciudad tan linda que es Bogotá.

En otra ocasión, cuando actuamos en uno de los salones del bello Palacio de Chapultepec de la ciudad de México, el público parecía estar compuesto de funcionarios gubernamentales que no se mostraron muy receptivos, parecían más propensos a hablar entre ellos que a ponerle atención al concierto. A pesar de que no hubo errores, al terminar la presentación, el maestro nos convocó a una reunión. Ya sabíamos que cuando eso pasaba, nunca era para felicitarnos, con toda seguridad era para llamarnos severamente la atención.

Puedo decir con convicción que hasta que no trabajé con el maestro, yo no supe realmente lo que es tener jefe.



HACIA LA SEMANA SANTA DILEMA DE DEVOCIÓN

CUARTA PARTE

JUAN FERNANDO GIRÓN SOLARES

Yasí, nuestra historia llega a la mañana de Viernes Santo. Varios de los amigos de Mauricio, entre ellos Héctor Hugo y sus hermanos, habían partido muy de mañana al Centro histórico de la Ciudad de Guatemala, puesto que, a las seis en punto de la mañana, Jesús Nazareno de la Merced había dado inicio a su recorrido procesional de Penitencia, acompañado de la sagrada imagen de la Virgen de Dolores. Como Alex era muy devoto del Señor Sepultado de Santo Domingo y su imponente Procesión del Santo Entierro, este era su día tan esperado. Aún con el cansancio y la fatiga normales de la Semana Santa y de la Procesión del día anterior, a media mañana del Viernes Santo los dos amigos se encaminaron hasta las inmediaciones del Boulevard de la Asunción, para abordar una camioneta urbana, un tanto destalizada por cierto, que llevaba el número tres (3) sobre su vidrio principal y se bajaron en las inmediaciones de la Avenida de los árboles o quince avenida de la zona uno. El destino de los dos amigos: el Templo de Santo Domingo. El calor de la mañana era nuevamente sofocante. – *Mirá Mauricio – le dijo Alex – Al Señor Sepultado no lo vas a poder cargar porque tendrás primero que colaborar empujando los Pasos del Via Crucis, y tenemos que conseguirt una túnica, capirote y cinturón negros, pero según entiendo la Hermandad presta a algunos devotos estas piezas del uniforme para poder participar en la Procesión; vamos a Santo Domingo y preguntamos* – Efectivamente, cuando llegaron al templo Dominico, ahora recién convertido en Basílica, encontraron al gentil caballero don Roberto Yaeggy Sáenz, quien a solicitud de ambos jóvenes, regresó solícito minutos después con las piezas del uniforme, y el distintivo para Mauricio que lo convertiría en un colaborador más de la Hermandad del Cristo del Amor ese Viernes Santo 9 de abril de 1971; eso sí hubo de firmar un documento de compromiso del uso de la túnica y demás piezas del uniforme y de su devolución al finalizar el cortejo procesional.

Concluida la tarea, serían cerca de las trece horas con treinta minutos, cuando nuestros devotos cargadores acudieron a almorzar al Restaurante Chino localizado en la esquina de la séptima calle y doce avenida de la zona central, cuyo plato de la cocina oriental más solicitado por la fecha, era el “pescado frito” por la abstinenza de carne de res propia del día, arroz blanco y verduras, complementado con dos gaseosas bien frías. Al finalizar el almuerzo, la Procesión de Jesús de la Merced recorría las últimas cuadras de su itinerario, coronando el Parque Infantil Colón. A Mauricio le impactó la belleza del Nazareno, el que según cuenta la tradición “SUDA” cada Viernes Santo, ese año luciendo una hermosa túnica de color vino tinto con un adorno alusivo a la Pesca Milagrosa en el Mar de Galilea y la barca de San Pedro. Héctor Hugo y sus hermanos iban en la fila derecha, por lo que Alex



Santo Domingo 1,971.

y nuestro personaje aprovecharon para darles una palmadita en la espalda sobre la negra paletina, deseándoles ánimo para llegar a la entrada.

Luego de santiguarse, retornaron a Santo Domingo, minutos antes de las tres de la tarde. El Cristo del Amor lucía una hermosa túnica de color verde y un adorno alusivo a “Yo los haré pescadores de hombres”. A Mauricio se le asignó el pasó correspondiente a “La Piedad”, y ya instalado con su grupo de compañeros, se despidió de Alex quien se incorporó a la fila. A la hora nona, se rezó el credo en el interior de la Basílica; el Padre Estrada impartió la bendición a los presentes y acto seguido se levantaron las andas del Sepultado. Una grata y extraordinaria impresión le originó a Mauricio, lo que concibió como una nube negra de devotos cucuruchos en la Plazuela del Templo, sin dejar de mencionar la enorme cantidad de mujeres que vistiendo riguroso luto, acompañaban a la bellísima imagen de la Virgen de Soledad de Santo Domingo. Además, el redoble complementado con el tamborón como pensó para sus adentros: “¡CÓMO SE OYE DE CHILERO!” Así, empezó el Santo Entierro aquella tarde de Viernes Santo.

Nuevamente, dos escenas conmovieron el corazón del muchacho: la primera, cuando pasaron por la octava avenida frente a la prisión de mujeres, alrededor de las cinco de la tarde. Las internas habían elaborado una bella alfombra de flores y aserrín, y entonaron un sentido canto al paso del Sepultado y de la Soledad frente a aquel centro carcelario. Posteriormente, a eso de las ocho y media de la noche, cuando el cortejo pasó frente al Palacio Arzobispal, y el mismo se detuvo por unos minutos; la gente se congregó alrededor de las andas, para interpretar el emotivo canto de -EL PERDÓN- encabezados por conocida familia, la familia Penedo. La procesión siguió su marcha por la sexta avenida. Los brazos de Mauricio empezaron a quejarse por el dolor de empujar aquella carroza que transportaba el paso, pero ninguno de sus compañeros se salió del mismo, facilitándole en alguna banqueta,

los miembros de la Hermandad una bolsita con refresco y un pan dulce para recuperar las fuerzas.

A las veintidós horas con cuarenta minutos, el Santo Entierro dominico llegó a la altura de la doce avenida y doce calles de la zona uno. En ese punto, las hermosas andas iluminadas del Cristo del Amor avanzaban entre marchas y redobles en forma solemne. Los Pasos por instrucción de los Encargados, ya no viraron sobre la doce avenida en pos del templo, sino siguieron recto la doce calle para hacer su ingreso a una bodega, donde fueron apropiadamente depositados, a la espera de poder salir la Cuaresma del año entrante. Mauricio, muy cansado pero satisfecho, entregó su negro uniforme procesional, y recibió una constancia escrita no solo de tal devoción sino de haber cumplido con su faena como colaborador en aquella procesión que le serviría para pedir su ingreso a la Hermandad y algún día poder llevar en hombros al Señor. Ya de particular, se reunieron con su amigo Alex frente a la puerta lateral de la Plazuela, y fueron testigos del momento dichoso en que las andas del Cristo del Amor, con excepción de la urna, se apagaron para ingresar a su templo; se escuchó la hermosa Marcha Fúnebre de Chopin y posteriormente la Virgen de Soledad que también retornaba en hombros de sus devotas cargadoras, a los acordes de su marcha oficial – La Soledad- ingresó a la Basílica. Así concluyó el Santo Entierro de Santo Domingo de 1971. Alex y Mauricio habían acordado el punto exacto en las inmediaciones de la Aduana Central, donde don César, un gran amigo de la familia del primero, y gran devoto del Cristo Yacente, quien residía en los alrededores de la Palmita, los esperaba para darles un “jalón” en su Volkswagen escarabajo, de vuelta a su Colonia de la zona cinco, bajo el frío de aquella despejada noche de verano; frío que contribuye a multiplicar el cansancio de un cucuricho de Viernes Santo y que contrasta con la nostalgia que para muchos implica que se han acabado las procesiones de la Semana Mayor, y será Dios primero, hasta el año entrante...

LO QUE PERSISTE ENTRE EL ENCIERRO

ÁLVARO MONTENEGRO
Escritor

Un militar -o ex militar, para honrarlo acertadamente- me dijo que lo único que interesaba en esta vida eran las emociones. Vaya reflexión, pensé en su momento. Para entonces no soñábamos en vivir encerrados “en cuatro paredes”, como nos dice el autor Gustavo Bracamonte, quien recién publicó su libro de poemas “Ningún nuevo día”. Hace un año y medio habría sido un atrevimiento idiota aventurarse a imaginar un estado “de peste” a-la-Camus reviviendo los encierros y los toneles de cuerpos desparramados.

Regreso a la frase de este amigo militar pues me animo a lanzarla como respuesta a la conexión espiral que Bracamonte plantea en el poemario.

“¿Cómo puedo mantenerme humano?”, se pregunta, casi al final. Se muestra ésta como una pregunta retórica que ha venido siendo explicada a lo largo del libro lleno de miedos, resignaciones y asfixias. Diría que me recuerda a los primeros meses de cuarentena en los que estuve encerrado en la ciudad de México. Hace un año nos atrapó este río oscuro que no termina de llevarnos pero en el que hemos aprendido a navegar; muchos cadáveres por ahí han quedado.

“...y queda únicamente el inextinguible soplo denso en la bolsa cerrada de la muerte... y ataúdes suben el río vertical de los muertos”, nos dice Bracamonte y veo ese polvo atragantarme secamente en el apartamento en el quinto nivel donde viví, en ese espacio en el que pensaba dejarme caer por la ventana: imaginaba las sirenas de la ambulancia, qué le dirían a mi familia, cómo llevar el cuerpo hasta Guatemala, qué proceso más largo, y regresaba al tedio, a la desesperación silenciosa. A veces salía a caminar, pues era tanto el encierro dentro de mis terrores.



“El silencio conoce a fondo la ciudad”, leo e imagino la colonia Roma, antes llena de taquerías, con las calles abatidas de hojas, nadie limpiando, las casetas de tortas cerradas, la continental Insurgentes, acallada y terminal. Casi me siento en medio de la calle vacía para guardar esta estampa como una anécdota inverosímil.

Aprendí a cocinar tal como lo relata el autor: “una infinidad de recetas, de recomendaciones, de instrucciones para improvisar la esquizofrenia”. Me siento de nuevo salpicando salsas: enchiladas, chilaquiles, tacos. Nunca había cocinado más que una pasta con champiñones. Pero en estos meses mi afición se desarrolló a tal punto que, cuando rompí la soledad y conseguí un amigo, no sé si imaginario o real, le preparé las mejores viandas, el almuerzo sucedía como un evento fundamental, el mejor del día. Estábamos, durante la comida, en esas texturas de colores y dejábamos por un rato la tierra de las pantuflas. Nos despedíamos temporalmente del estado donde: “...no amanecemos esperando la primavera,

sino tocándonos para determinar si el hálito del intangible amor existe”, como dice el poeta.

Durante estos textos evoco tantos episodios agrestes, cargados de imágenes de otros poetas que se han vuelto los únicos compañeros en la habitación, en el temor al despoblado, a la imposibilidad de volver a acariciar lo cotidiano. El libro me golpea con una y otra palabra, circunvalando la experiencia del encierro que es mucho más que el aislamiento, pues es ver el colapso de un sistema económico mundial pero a la vez lo complicado de emprender cualquier otro camino: los bancos, los aviones siguen traqueteando y adueñándose de nuestras bolas.

La nostalgia al envidiar a un gorrión que está del otro lado de la ventana. La cárcel ha dejado de ser el castigo y resulta un privilegio y la salvación. Al principio, recuerdo, había mucha voluntad de aceptar un designio jacobino de transformarlo literalmente todo, pero poco a poco vino la calma y la serenidad de que la ruleta del mercado seguiría girando.

Leo todo esto y me causa congoja. La congoja es una emoción y la emoción, como me dijo el amigo militar o ex militar, para decirlo como se debe, es la causa única y verdadera de este tránsito temporal. Por lo que, entonces, Gustavo Bracamonte, en este libro, apunta al sentido o a la idea de sentido, a pesar de constantemente evocar la nada sarteano. La sobrevivencia de la humanidad, el antídoto, reside, según percibimos al finalizar la lectura, en la poesía explayada. Y no solo en la propia sino en la ajena. Quizá, sobre todo en la ajena, y por eso Bracamonte habla con todos los poetas, los fantasmas que habitan en la psique enjaulada para que lancen luces ante los gritos de auxilio desesperado.

“¿Cómo puedo mantenerme humano?”, plantea Bracamonte y por ahí cerca deja la idea de “la imaginación mutilada”. Yo diría que él mismo nos demuestra con este libro que ni la imaginación ni las emociones han sido mutiladas durante la cuarentena.



POESÍA ALAIN BORNE

Alain Borne (12 de enero de 1915; 21 de diciembre de 1962), poeta francés relativamente desconocido para los círculos literarios franceses. Publicó más de dieciséis libros en vida, aunque la mayoría de su obra -otros treinta libros-, fueron publicados

póstumamente, cuando se reconoció su trabajo poético. Los poemas aquí publicados fueron traducidos al español por Águeda García-Garrido.

MI CUERPO Y EL TUYO

Voy a tratar de dormir de olvidar al mismo tiempo mi cuerpo y el tuyo.

Seré sin amarte sólo las pocas horas donde yo ya no esté.

Luego, en el alba de mi amor se alzará el sol de tu cuerpo.

Hallaré la aventura allí donde la haya dejado y mi deseo se hará camino sobre tu cima.-

No podrás acallar ni mi alma, ni mi sangre, ni mi voz.

Mis labios ya sólo pueden abrirse para decir tu nombre besar tu boca convertirse en ti mientras te busca.

Y aun hablo de rosa se trata de ti o de pan o de miel

o de arena o de mí.

Estás al borde de cada una de mis palabras tú las llenas, las quemas, las vacías.

En ellas estás eres mi saliva y mi boca y hasta mi silencio está erizado de ti.-

Desnudarte, ir de nuevo hacia más luz y más quemadura mientras me ciegas ya y todo en mí se calcina.

Y no obstante, es necesario que tras cien cabalgadas las nubes de mi rayo desciendan a la tierra.

Es necesario que me eche a adorar tus rodillas y a tocar la escandalosa tibieza de ese nido de soles.-

Si tuviera que contar nuestra historia diría que de amor en amor he llegado a ti como se cruza un vado hacia la orilla capital.

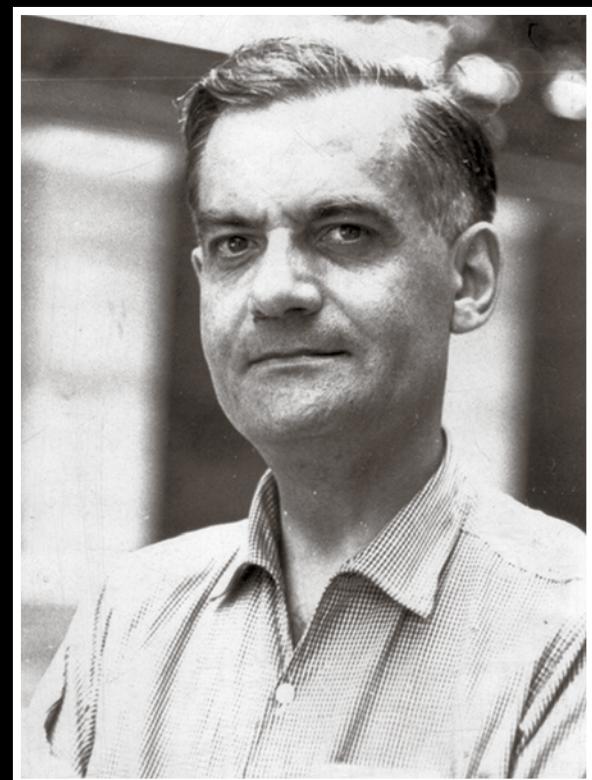
Todas mis aventuras fueron esas tenues piedras bajo mis pies en mi marcha hacia ti.

Para arrugarlos, has prendido en tu mano todos los rostros de mi vida.

Antes que a todos ellos, prefiero ya tus increíbles dedos esa estrella colmada de una carne magistral en el firmamento de mi mirada.

¡Oh tu mano, primera isla del archipiélago de tu cuerpo!

¡Oh tu cuerpo, que abraza mi cabeza antes de arder todo entero!



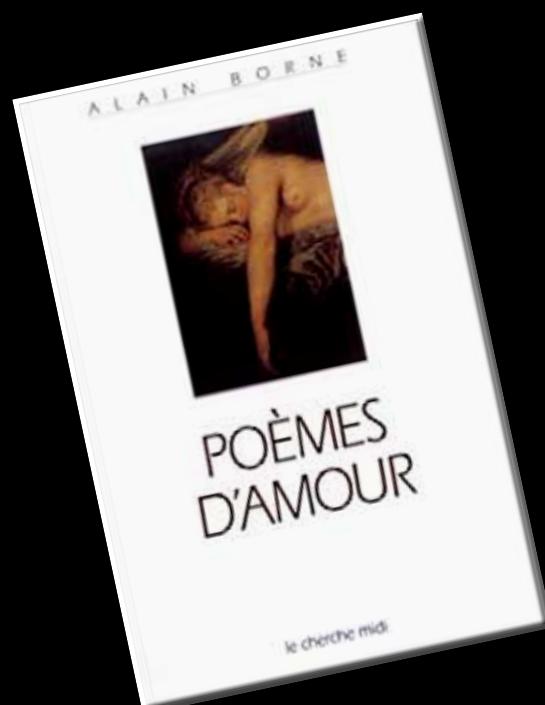
Después de tantos vínculos de cenizas al fin, el fuego.-

No me digas que sólo eres un racimo de la vid y que otra también me quitará la sed.

Ciento es que tengo sed y hambre pero sólo de ti soy una especie de ti ahuecado por tu ausencia adonde has de venir.

Por eso, al fin yo seré y tú serás seremos. Seremos dos o uno, qué sé yo seremos como es el rayo.-

Selección de textos por Gustavo Sánchez Zepeda.



FILOSOFÍA

IMMANUEL KANT

Immanuel Kant (1724-1804) ha aportado una crítica contundente de las demostraciones racionalistas de la existencia de Dios. Para Kant, todas estas demostraciones son falaces, pues consisten en un uso de la razón meramente especulativo, que rebasa los límites de toda experiencia posible. Igualmente, el argumento ontológico —el de Descartes— no es válido para Kant, pues el ser o la existencia no son en realidad predicados. Decir de un determinado objeto que existe no es, en realidad, añadirle ninguna determinación nueva. Por eso mismo, la existencia no es uno de los predicados necesarios que encontramos en la idea de un ente perfecto. En cualquier caso, para Kant, Dios no es objeto de la razón teórica —pues ésta se pierde cuando trata de pensar realidades que salen de nuestra experiencia— sino que sólo es accesible para la razón práctica: desde el hecho moral podrá pensarse la necesidad de un Bien Supremo Originario. ()*

* González Antonio. *Introducción a la práctica de la filosofía. Texto de iniciación.* UCA Editores. San Salvador, 2005.

Un conocimiento teórico es especulativo cuando versa sobre un objeto o sobre conceptos de un objeto al que no puede llegarse en ninguna experiencia. Se opone a *conocimiento natural*, que no versa sobre más objetos, o predicados, que los dados en una experiencia posible. (...).

Por consiguiente, cuando de la existencia de las cosas del mundo se infiere su causa, eso corresponde, no al uso natural de la razón, sino al *especulativo*. (...). Aun cuando solamente se tratara de la forma del mundo, de la índole de su enlace y de su cambio, y de ahí yo pretendiera inferir una causa que fuera totalmente diferente del mundo, eso sería a su vez un juicio de la razón meramente especulativa porque en este caso el objeto no sería objeto de la experiencia posible. Y entonces, el principio de causalidad, que sólo vale dentro del campo de las experiencias y fuera de él carece de uso y aún de significación, se desvía totalmente de su destinación. (...).

Si, con el único objeto de no dejar ningún vacío en nuestra razón, nos fuera lícito subsanar esa deficiencia de la determinación completa mediante una mera idea de la perfección suprema y necesidad originaria, eso podría concedérsenos como favor, pero no como derecho proveniente de una demostración irrefutable (...).

Yo abrigaría la esperanza de aniquilar esa verbosidad dialéctica sin la menor divagación, a base de determinar exactamente el concepto de existencia, si no hubiera hallado que la ilusión que confunde un predicado lógico con uno real (es decir, con la determinación de la



cosa) desdeña casi toda instrucción. (...) la *determinación* es un predicado que se añade al concepto del sujeto y lo aumenta. Por lo tanto, no debe estar ya contenido en él.

Ser no es evidentemente un predicado real, es decir, un concepto de algo que pueda añadirse al concepto de una cosa. Es sencillamente la posición de una cosa o de ciertas determinaciones en sí. En el uso lógico es solamente la cópula del juicio. La proposición *Dios es todopoderoso* contiene dos conceptos que tienen sus objetos correspondientes: Dios y omnipotencia; la partícula *es* no es otro predicado más, sino solamente lo que pone al predicado en *relación* con el sujeto. Pues bien, si tomo el sujeto (Dios) junto con todos sus predicados (entre los cuales figura también la omnipotencia) y digo: *Dios es*, o Dios existe, no pongo ningún predicado nuevo al concepto de Dios, sino solamente pongo al sujeto en sí mismo con todos sus predicados (Dios) y ciertamente al *objeto* (Dios) en relación con mi *concepto*. Ambos deben de tener un contenido idéntico y, en consecuencia, no puede añadirse nada al concepto, que expresa meramente la posibilidad, por el solo hecho de que yo conciba (mediante la expresión “él es”) su objeto como absolutamente dado. Y así lo real solamente contiene lo meramente posible. Cien escudos efectivos no contienen en absoluto nada más que cien escudos posibles. (...). En cambio, en mi estado patrimonial tengo más con cien

escudos efectivos que con su mero concepto (es decir, con su posibilidad) puesto que en realidad el objeto no sólo está contenido analíticamente en mi concepto, sino que añade sintéticamente a mi concepto (que es una determinación de mi estado), sin que mediante este ser ajeno a mi concepto sufran el más mínimo aumento esos cien escudos mencionados.

Por consiguiente (...) si pienso un ente que sea la realidad máxima (sin imperfecciones), subsiste siempre la cuestión de si existe o no, pues aunque nada le falte a mi concepto del posible contenido de una cosa cualquiera, sin embargo falta todavía algo a la relación con mi total estado de pensamiento; es decir, falta que el conocimiento patente de ese objeto (Dios) sea también posible *a posteriori* (a partir de la experiencia).

La moralidad en sí misma constituye un sistema, pero no la felicidad, salvo en la medida en que esté distribuida de acuerdo con la moralidad. Pero eso solamente es posible en el mundo inteligible, mediante un autor o gobernante sabio. La razón se ve obligada a suponerlo junto con la vida en ese mundo que tenemos que considerar como futuro, o bien considerar que las leyes morales son meras quimeras, ya que sin ésta su posición se frustraría su resultado necesario, que la razón enlaza con ellas (es decir, la felicidad).

(Tomado de *Crítica de la razón pura*, 1781)